

CONFLUENCIA ENTRE HUMANISTAS Y CRISTIANOS. REFLEXIONES BAJO LA PALABRA DE SIMONE WEIL

*Usted piensa que tengo derecho a llamarme cristiana.
Sin embargo, fui educada por mis padres y mi hermano en un agnosticismo completo;
y jamás he hecho el menor esfuerzo por salir de él, jamás he tenido el menor deseo de
hacerlo, con buen criterio en mi opinión.*

SIMONE WEIL, *A la espera de Dios*

Salomé Parra *

1. Introducción

Simone Weil¹, debido a su profunda convicción creyente y humanista se convierte en una palabra cuyo pensamiento puede dejar en el lector aberturas que se hundan hasta las mismas estructuras donde se configura el pensamiento y las convicciones a lo largo del tiempo, y en las que se fragua aquello que forma parte del ser propio, de eso que llamamos el “uno mismo”. Simone Weil de este modo es aquella que por traernos una palabra cargada de realismo existencial y de humanidad creyente puede herirnos en comprensiones de realidad y al tiempo abrirnos a cuestionamientos existenciales y creyentes que quizá sólo puedan ser resueltos realizando el propio camino en busca de aquello que para “uno mismo” quiere ser lo más verdadero y real de la vida.

* Licenciada en Teología.

¹ Simone Weil nació en París, en 1909. De padres de origen judío fue educada en el más profundo agnosticismo. La guerra de 1914 le hizo descubrir la miseria humana despertando en ella una fuerte conciencia social. Entre 1917 y 1928 recibe una fuerte formación filosófica y en 1931 es catedrática de filosofía en Puy. En esta época mantiene una vida política, y sindical intensa. En 1934 deja el campo de la docencia para introducirse en el mundo obrero trabajando en una fábrica. Al estallar en 1936 la guerra civil española, se alista en la Columna de Durruti, experiencia de gran sufrimiento, tras lo cual manifiesta su postura pacifista. En sus viajes a Asís (1937) y Solesmes (1938) es donde va a quedar marcada por la experiencia religiosa. Las tropas alemanas entran en París (1940), la familia Weil huye a Marsella, y aquí empieza la etapa más fecunda y creativa de su vida, dando origen a sus escritos religiosos. En 1942 se dirige hacia Londres donde se instala en un cuartel de voluntarios franceses y se pone a disposición del Servicio Civil. Aquí sus escritos adquieren una mayor profundidad acerca del ser humano y del bien absoluto. En 1943 Simone después de unos meses intensos de trabajo y creatividad ingresa en un hospital de Inglaterra debido a una gran debilidad por su negativa a ingerir alimentos. Se le diagnostica tuberculosis y muere el 24 de agosto de 1943.

Desde distintos ángulos y perspectivas puede ser mirada nuestra autora. Nos vamos a centrar, siquiera como acercamiento, en una voluntad: el escuchar en ella la realidad del creyente cristiano, y la del humanista. Aquello que en ambos trae una confluencia, una interacción que viene a vincularles, a arraigarles en un mismo núcleo existencial como sentido profundo de la vida.

Confluencia, interacción, vinculación y arraigo, son esas corrientes de agua que en su interactuación desembocan en una única definición: los creyentes en nuestra historia. Creyentes que adviniendo de diferentes y diferenciados afluentes su choque de atracción puede abrir un espacio nuevo de comprensión sobre la presencia de lo trascendente en la existencia, la presencia del Dios escondido en la realidad y la presencia del Reino de Dios en la Historia.

2 ¿Quiénes son los creyentes en nuestra historia?

Desde la perspectiva de un cristiano se puede afirmar que el creyente es todo aquel que profesa una fe: “Creo en Dios Padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra; creo en su Hijo único Jesucristo que se encarnó en una mujer por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre; creo en la Santa Iglesia Católica y Apostólica”. “Creo en un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

Esta fe profesada es creer en la presencia activa del Misterio Trinitario² en la realidad histórica a través de un cuerpo visible³, formado por la unidad y comunión de todos los creyentes, el pueblo de Dios, la Iglesia⁴.

Estos creyentes van fraguando su eclesialidad a través de la inserción en el movimiento histórico concreto que les toca vivir trabajando por la creación de una nueva humanidad, una nueva esperanza histórica⁵.

² UR 3. Este es el misterio sagrado de la unidad de la Iglesia, en Cristo y por Cristo, obrando el Espíritu Santo la variedad de funciones. El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas.

³ Cf. LG 9. El pueblo de Israel según la carne, que marchaba por el desierto, se llamaba ya la Iglesia. De la misma manera el nuevo Israel recibe también el nombre de Iglesia de Cristo. El la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y le dio los medios apropiados para ser una comunidad visible y social. Dios reunió al grupo de los que creen en Jesús y lo consideran el autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y fundó la Iglesia para que sea para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad que nos salva.

⁴ UR 2. El Espíritu Santo que habita en los creyentes, y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el principio de la unidad de la Iglesia.

⁵ Cf. MOLTSMANN, J., *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1999, 419-423: “La cristiandad no tiene su esencia y su fin en sí misma, ni en su propia existencia, sino que vive de algo y existe para algo que va más allá de ella. Si se quiere captar el misterio de su existencia y de sus modos de actuación, hay que preguntar por su misión” (419); “la misión sirve para provocar este despertar de la esperanza –de la esperanza viva, actuante y dispuesta a sufrir– en el reino de Dios, el cual viene a la tierra para transformarla. La cristiandad entera está situada en el apostolado de la esperanza en el mundo, y en ello encuentra su esencia, es decir lo que la convierte en comunidad de Dios” (423).

A la pregunta inicial de este apartado (¿quiénes son los creyentes en nuestra historia?) se podría responder con esta breve reseña (necesitada claro está de un mayor ahondamiento y ampliación). Pero a la vez podemos seguir preguntándonos: ¿son todos estos y sólo estos a los que se les puede llamar creyentes, no existen otros puntos de mira que nos amplíen el campo de visión y nos abran algunas barreras fronterizas y limitantes fijadas en el tiempo?

Simone Weil se convierte en un testimonio creyente que viene golpeando esas franjas limitantes:

“...jamás he tenido, ni tan sólo una vez, ni siquiera un segundo, la sensación de que Dios me quisiera en la Iglesia. Ni si quiera he tenido nunca una sensación de incertidumbre. Creo que en este momento puedo, por fin, concluir que Dios no me quiere en la Iglesia. No lo quiere al menos por ahora. Pero, a no ser que me equivoque, me parece que su voluntad es que permanezca fuera también en el futuro, salvo, quizás, en el momento de la muerte. Sin embargo, estoy siempre dispuesta a obedecer toda orden, cualquiera que sea [...] El cristianismo, puesto que es católico, debe contener todas las vocaciones sin excepción. En consecuencia, también la Iglesia debería hacerlo. Pero a mis ojos, el cristianismo es católico de derecho, no de hecho. Tantas cosas están fuera de él, tantas cosas que amo y que no quiero abandonar, tantas cosas que Dios ama, puesto que de lo contrario no tendrían existencia...”⁶

Si algo se puede decir de la vida de Simone Weil es que estuvo marcada desde su infancia hasta su muerte por una profunda sensibilidad hacia la desdicha humana que padecían muchos hombres y mujeres de su tiempo. La experiencia profunda del Crucificado en su propia carne selló todo su camino existencial, le hizo descender hacia las profundidades de la realidad humana, hacia la verdad del ser humano, dando un sentido hondo existencial y creyente a la fragilidad del hombre y a su posibilidad nueva desde la presencia del amor en el centro del corazón. La realidad y la persona quedan refundidas en el amor del Crucificado.

Así pues, Simone Weil fue una eterna buscadora de la verdad creando desde su propia experiencia un pensamiento humanista⁷ y creyente. De este modo podemos decir que su persona nos viene como el testimonio de una vocación creyente que se mantuvo al margen de la Iglesia porque no se llegó a encontrar recogida

⁶ WEIL, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1996, 45.

⁷ Simone, en su época agnóstica, luchó activamente por el movimiento obrero y plasmó su pensamiento social humanista en diversos artículos. Tras su experiencia con el Crucificado todo su pensamiento humanista va a quedar refundido por su mirada creyente.

dentro de ella, en su vocación singular. Sin embargo es evidente que fue una mujer que pisó por los caminos del Evangelio.

Simone Weil nos dice que el cristianismo, la Iglesia, debería contar con todas *las vocaciones sin excepción*. ¿De qué vocaciones y de qué excepción está hablando?

“La locura de amor, cuando se apodera de un ser humano, transforma por completo las modalidades de la acción y del pensamiento [...] A los hombres locos de amor por sus semejantes les hace daño pensar que, en todo el mundo, los seres humanos sirven de intermediarios de la voluntad de los demás sin haber consentido. (...) No son las doctrinas, ni las concepciones, ni las inclinaciones, ni las intenciones, ni las voluntades las que transforman así el mecanismo de un pensamiento humano. Se precisa locura”⁸.

Habla de todos aquellos que han sido tocados por una locura de amor, transformando así toda su existencia. Son aquellos que están siendo adentrados en una dimensión nueva de la realidad, la dimensión del amor hacia los hombres y mujeres que están padeciendo en su carne una alienación existencial sea del tipo que sea, siendo heridos en su dignidad más originaria: el poder llegar a existir en la libertad de ser uno mismo, en su propia potencialidad y creatividad como persona.

Weil, por tanto, habla de aquellos que en el amor traspasan las coordenadas de comprensión de lo que puede ser la justicia humana y se introducen en el espacio de la locura, es decir, allí donde se produce una escisión de lo real, en un delirio existencial, donde la lógica humana se diluye en la escucha de nuevas voces interiores que se van a convertir en imperativo, en obediencia. Las voces del amor son aquellas que por su realidad interior vienen a implantarse en la propia conciencia de la persona como lo único verdadero. Conciencia que por su fuerza intrínseca irrumpe en lo real como un *chirrido* tenso por estar siendo penetrado por un “algo” diferente a lo existente. Aquellos que padecen la locura de amor viven una descompensación entre la verdad que se les viene imponiendo en su interior y la realidad histórica ante la que están. Descompensación que les es difícil de soportar en una pasividad contemplativa y expectante, necesitan ser, actuar, en medio de la vida buscando la unidad interior entre lo que creen y el entramado existencial que viven configurado nuclearmente por todo *otro*, por toda *alteridad*.

3. *El origen de un creyente: la aspiración al bien, lo trascendente.*

Los que padecen esta locura necesariamente están marcados por una “creencia”:

⁸ WEIL, S., *o. c.*, 44.

“Desde la más tierna infancia y hasta la tumba hay, en el fondo del corazón de todo ser humano, algo que, a pesar de toda la experiencia de los crímenes cometidos, sufridos, y observados, espera, invenciblemente que se le haga el bien y no el mal. Ante todo es eso lo que es sagrado en cualquier ser humano. El bien es la única fuente de lo sagrado. Únicamente es sagrado el bien y lo que está relacionado con el bien”⁹.

Esta cita nos adentra en una de las claves del pensamiento de Simone Weil. La mirada creyente que tiene ante el ser humano es la de la presencia en el fondo de él mismo de algo sagrado, el bien. El bien es ese núcleo originario que va a ser la fuente y el origen de la dignidad y del respeto a toda persona. Así pues, la autora nos dice que el origen de la dignidad humana radica en la aspiración al bien que toda persona tiene en el fondo de su corazón. Esto es lo que da a la carne su carácter de sagrado, y por tanto, de inviolable.

Desde esta perspectiva nos podemos dirigir en dos direcciones. La primera es entrar en la raíz de donde nace la esencia de un “creyente”, en el considerar que en todo ser humano existe en lo más íntimo de su ser una aspiración, incluso más allá del mal o sufrimiento ejercido o padecido, hacia aquello que a él mismo le dignifica como ser humano, el bien. Por tanto el “creyente” está apostando por el hombre al estar escuchando en su raíz originaria, en su esencialidad, una potencialidad, una apertura. Y en un segundo lugar podemos afirmar que todo hombre lleva consigo una creencia sobre sí mismo; existe una creencia en su génesis, una espera que como tal, sitúa al sujeto como alguien que se sostiene en una esperanza y en un horizonte de futuro. Se podría decir que la espera es esa dimensión existencial arraigada en el ser humano que es lo que le permite estar trascendiendo el hoy concreto y limitado. Desde aquí podemos decir que el ser humano es un creyente en su propia estructura, necesita para poder existir sostenerse creyendo, esperando ese más que trasciende su hoy.

El creer y esperar en ese bien, nos dice Simone Weil, no es creer en el bien que nosotros comprendemos en cuanto a nuestras categorías morales dentro de los límites del bien o del mal humano. Este bien es el bien puro, absoluto.

“Dar consentimiento al bien, pero no a un determinado bien comprensible, imaginable, sino dar consentimiento incondicional al bien absoluto [...] el consentimiento incondicional a ese bien que ni podemos, ni podremos nunca imaginar, ese consentimiento, es bien puro, y no produce más que bien, y con que dure basta para que, en última instancia, el alma entera no sea sino bien”¹⁰.

⁹ WEIL, S., *Escritos de Londres y últimas cartas*, Trotta, Madrid 2000, 18.

¹⁰ ID., 148.

De esta forma la autora nos sumerge en la dimensión de lo trascendente. *Dar consentimiento al bien puro* significa que la persona ha llegado a ser consciente desde un movimiento de libertad, querer y voluntad propia, de que en su seno, en la profundidad de su existencia, existe una realidad mayor que ella misma que es la que le está llevando a encontrarse con lo más real, verdadero y originario de sí misma. Esto nos lleva a afirmar que la persona en su libertad está necesitada del encuentro con su propia trascendencia para poder llegar a ser ella misma en su totalidad de sentido, es decir, para poder llegar a ser ella misma el bien.

Lo trascendente, esa realidad que es mayor que uno mismo, que envuelve lo limitado y lo abre hacia lo ilimitado, no está viniendo desde fuera de la realidad de la carne sino desde dentro, desde el fondo, emergiendo, haciéndose existir hacia la realidad concreta mediante la carne. Con todo esto Simone Weil nos dice que en las entrañas del ser humano existe un trascendente que es lo que le hace existir en su plenitud de humanidad.

4. *El ser creyente es búsqueda de lo más originario del ser humano: el amor.*

De nuevo volvemos a las preguntas iniciales: ¿quiénes son los creyentes? ¿quiénes son los vocacionados en la historia?

El pensamiento de Simone Weil presenta una clara influencia platónica. En su comentario a Platón observa:

“...dice Platón que cada uno de nosotros no es un hombre, sino el símbolo o la contraseña de un hombre que busca su símbolo correspondiente, la otra parte de la contraseña, su otra mitad. Ésa búsqueda es el Amor. (...) No tenemos que preguntarnos cómo se produce ese amor nuestro, porque el amor está dentro de nosotros, desde el nacimiento hasta la muerte, y es imperioso como el hambre, por lo que únicamente hemos de aprender a orientarlo”¹¹.

El ser creyente significa poder escuchar en lo profundo de cada existencia esa búsqueda del amor, poder traspasar los tejidos de la carne que no llegan a traspasar su realidad más originaria como necesidad de ser amor.

Esta intuición nos es de gran validez para nuestro hoy. En el tiempo histórico que nos toca vivir no faltan comentarios y análisis sobre la realidad social que nos envuelve: pérdida de sentido de realidad, vacío existencial, superficialidad, materialismo individualista, pérdida de identidad, narcisismo colectivo...y así una infinidad de juicios de realidad, que nos dejan bajo el sentimiento de que hoy la historia

¹¹ WEIL, S., *Intuiciones Precristianas*, Trotta, Madrid 2004, 41.

está pasando por una situación de duelo existencial, donde aquello que todavía existía como valioso y que era lo que mantenía al ser humano como humano, como afectable, como cordial, como solidario, creador y luchador, hoy es vivencia de pérdida. La pérdida de la consistencia y la identidad del hombre como tal, dejando a la historia en un grito profundo, por estar padeciendo una dejación, una devaluación de lo humano, una profunda frustración que se clava como aguijón en las conciencias individuales y colectivas, dejando ya de esperar lo mejor posible para el hombre, porque esa esperanza está siendo herida un día tras otro, como una gota de agua que golpea día y noche y sucesivamente, el centro del cerebro y penetra en vertical el tejido humano. Los grandes pasos que la humanidad ha dado a lo largo de la historia buscando los caminos de la dignidad y el respeto al individuo y a los pueblos son violados por esas fuerzas contradictorias que manejan hoy los hilos de la realidad, el poder, la fuerza, el temor y la amenaza de muerte y humillación a través de la agresión y la virulencia del mal.

Un duelo existencial histórico que nos puede llevar a una hondonada oscura, abocándonos a la increencia si el juicio crítico sobre la realidad, si la constatación de lo proclive nos deja en el mismo estado tedioso del que hacemos juicio: una negación que no nos lleva a la construcción sino a la acomodación de lo que no llega a ser.

Las situaciones de duelo reclaman desde su misma realidad interna una reelaboración de lo que se padece. Las pérdidas fuerzan a un descenso hacia el origen como lugar de posibilidad desde donde poder emerger en sentidos nuevos existenciales. La palabra crítica obliga a una palabra mayor como creación y gestación de lo nuevo, obliga a quien la pronuncia a abrir la senda de la esperanza en la historia. No es cuestión de concluir las pérdidas como vacíos, como huecos, como tremedades existenciales avocadas a la nada. La reelaboración de lo real está clamando por una mayor autenticidad, por una mayor verdad. Así, todo se puede convertir en una pregunta que envuelve la historia entera y la rasga y penetra hasta sus raíces buscando el origen, la ternura, el potencial creador que habita desde siempre en el núcleo del hombre, en su corazón. Aquello que permanece posando en un silencio paciente, esperando ser escuchado de nuevo, como la verdad mayor de la propia carne y de la propia historia.

De este modo podemos decir que las pérdidas, las profundas frustraciones que va trayendo la historia en su devenir impetuoso están gritando por una nueva creación que viene desde abajo, desde el fondo del ser humano. Es el clamor por un tiempo de creación, de un volver a escuchar lo más originario de la carne, aquello que permanece en él, que existe porque forma parte de su condición humana, es suyo, propio. Por tanto es tiempo de descender hacia donde late el potencial humano, hacia aquello que existe en el interior de la carne como profundidad de trascendencia. Simone Weil nos dice que esa búsqueda es el Amor que está dentro de nosotros, lo único que tenemos que hacer es aprender a orientarlo. Por tanto es un volver a escuchar, es un despertar, un redescubrir, un potenciar y un recrear.

Digamos entonces que el creyente hoy es aquel que se vive forzado a creer en el corazón humano como el lugar donde existe esa dimensión de lo trascendente, siendo éste su núcleo originario, la fuente de su potencial creador como persona, de su dignidad y respeto último. Simone Weil, llama a este lugar de lo trascendente “lo impersonal”:

“Cada uno de los que han penetrado en el dominio de lo impersonal encuentra allí una responsabilidad respecto a todos los seres humanos. La de proteger en ellos no la persona, sino todo lo que de frágiles posibilidades de tránsito a lo impersonal encierra la persona. Es a éstos, en primer lugar, a los que debe dirigirse la llamada al respeto hacia el carácter sagrado de los seres humanos”¹².

Lo impersonal viene a ser todos aquellos valores trascendentales de carácter absoluto y universal que existen en cada persona como es el bien, la justicia, el amor, la belleza, la dignidad. Todos aquellos valores que tienen un mismo centro: lo que trasciende la carne haciendo de lo humano profundidad de humanidad. Aquello que le hace a la persona aspirar hacia lo mejor de sí misma, esto es, desplegar su esencia singular, su potencialidad creadora, como sujeto consciente y libre.

Entonces aquellos que han descubierto que el origen y el sentido profundo de su humanidad está en su fondo trascendente son los primeros que viven una responsabilidad con todos los seres humanos: la responsabilidad de que cada existencia pueda llegarse a encontrar en su propia trascendencia originaria, o sea, en esa dignidad existencial que viene a trascender toda su humanidad.

Desde todo lo anterior podemos ya establecer: existen esos creyentes humanistas que vienen entregándose a la humanidad creyendo en la capacidad de la persona aún en su máxima limitación humana; existen esos creyentes humanistas que viven a pulso la existencia, que están arraigados en la tierra buscando caminos de humanidad nueva en este tiempo histórico en el que vivimos, queriendo dejar una herencia mejor para las generaciones futuras; existen esos creyentes humanistas que padecen y gimen por la realidad en su dramatismo último, en todo aquello que está privando al ser humano de su capacidad de ser plenitud de humanidad, es decir, ante todo lo que permanece humillado. En definitiva existen personas que han hecho suyas las palabras que nos dice Simone Weil:

“El objeto de la obligación, en el ámbito de las cosas humanas, es siempre el hombre como tal. Hay obligación hacia todo ser humano por el mero hecho de serlo, sin que intervenga ninguna otra condición, e incluso aunque el ser humano mismo no reconozca obligación alguna. El sentimiento de las diversas obligaciones

¹² WEIL, S., *Escritos de Londres y últimas cartas*, Trotta, Madrid 2000, 23.

procede siempre de un deseo de bien único, fijo e idéntico en todo hombre, desde el nacimiento hasta la muerte. Esta obligación es eterna. Responde al destino eterno del ser humano. Sólo el ser humano tiene un destino eterno...Sólo es eterno el deber hacia el ser humano como tal.

Esta obligación es incondicionada. Si se basa en algo, ese algo no es de este mundo. No está basada en nada de este mundo. Es la única obligación relativa a las cosas humanas no sujeta a ninguna condición”¹³.

El reconocimiento de estas presencias en nuestra historia, nos introduce en una problemática: ¿Son estos los creyentes que siguen el camino del Evangelio? ¿Son estos los creyentes que están ante un alguien que está siendo el sujeto de su obligación interior, más allá incluso de una profesión de fe, pronunciada, manifestada desde su plena libertad y conciencia, hacia un Alguien más que ellos mismos? O quizás no, ¿quizás lo trascendente originario que existe en el centro del corazón humano que lleva a mover la existencia entera hacia el Amor por el hombre, no sea suficiente para reconocer en él, más allá de él mismo, la presencia de un Alguien orientando su vida sino existe una profesión de fe manifiesta?.

5. Creyentes, humanistas y cristianos, confluyendo desde la presencia escondida de quien les trasciende.

Es necesario que nos adentremos en la comprensión que tiene Simone Weil del mundo. El mundo es creado, tiene un creador, un sujeto, Dios. Por ello al mundo le da un origen trascendente, un alguien más que él mismo que da razón y sentido a su existencia. Pero al crear Dios ha elegido la forma de permanecer siendo en su creación. Su presencia, nos dice Simone Weil, es en forma de ausencia. Una ausencia que no es abandono, sino profundidad de amor. Una ausencia que lleva a afirmar la autonomía de la realidad del mundo como voluntad misma del Creador¹⁴:

“Dios sólo puede estar presente en la creación en forma de ausencia”¹⁵.

“La ausencia de Dios es el testimonio más maravilloso del amor perfecto”¹⁶.

“El acto de la Creación no es un acto de potencia. Es una abdicación. Mediante ese acto se ha establecido un reino distinto del de Dios. La realidad

¹³ WEIL, S., *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996, 24-29.

¹⁴ Cf. GS 36: “Si por autonomía de las realidades terrenas entendemos que las cosas creadas y las sociedades mismas gozan de leyes y valores propios que el hombre ha de descubrir, aplicar y ordenar paulatinamente, exigir esa autonomía es completamente lícito. No solo lo reclaman así los hombres de nuestro tiempo, sino que está también de acuerdo con la voluntad del Creador”.

¹⁵ WEIL, S., *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid 2001, 147.

¹⁶ ID., 144.

de este mundo está constituida por el mecanicismo de la materia y la autonomía de las criaturas razonables. Es un reino del que Dios se ha retirado”¹⁷.

Simone Weil con esto nos está diciendo que la realidad, el mundo, está envuelto de una trascendencia, que el mundo lleva intrínsecamente la realidad de lo trascendente, pero es una realidad que permanece en lo escondido. Se podría decir que es esa dimensión que existe en lo real desde una invisibilidad, carente de poder desde sí misma para existir en la materialidad de la existencia por encontrarse ante la autonomía y libertad de los seres creados. Es entonces en la libertad de la persona donde se está decidiendo que la existencia de lo trascendente llegue a corporalizarse, llegue a hacerse presencia.

Simone Weil en su comentario a Platón nos habla del *Alma del mundo*:

“Cuando Platón habla del mundo o del cielo se está refiriendo esencialmente al Alma del mundo.... Esa alma no está dentro de ese cuerpo, sino que lo contiene, lo penetra y lo cubre por todas las partes, a la par que se halla fuera del tiempo y del espacio; es completamente distinta de él, y lo gobierna. Pero se nos hace visible a través de la belleza sensible (...) El Modelo a cuya imagen y semejanza fue engendrada el Alma del Mundo es un ser viviente espiritual, o un espíritu viviente. Es, por tanto, una persona. Se trata del espíritu que es absolutamente perfecto en todos sus aspectos. Es, por tanto, Dios”¹⁸.

De este modo la trascendencia originaria que permanece en el fondo de la persona y que le viene a constituir como un creyente originario, y la trascendencia originaria que permanece en lo oculto del mundo constituyéndole de alma propia, nos viene a decir Simone Weil que es un Alguien, una persona, Dios. Así lo que habita en cada corazón como búsqueda del bien, del amor y de todos aquellos valores impersonales que conducen a la condición humana hacia su propia humanidad es el impulso de Alguien más que “uno mismo” que está llevando a la totalidad de la carne hacia el Amor. Por tanto esto nos lleva a afirmar una Presencia más allá incluso de la conciencia que todo creyente originario tenga de ésta¹⁹. Existe ese espíritu viviente, provocando en la persona una actividad hacia la búsqueda de sentido del ser humano, hacia la creación de la dignidad y de la justicia allá donde se encuentra el grito acallado de lo humillado, hacia el encuentro con la necesidad como lugar de humanidad nueva. En definitiva, ese espíritu viviente está allí donde se da una búsqueda del bien.

¹⁷ WEIL, S., *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid 1995, 43.

¹⁸ Cf. WEIL, S., *Intuiciones Precristianas*, Trotta, Madrid 2004, 25-36, aquí 26.

¹⁹ Cf. GS 36: “Quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios”.

“Dios tiene el monopolio del bien. Él mismo está presente en todo aquello que realiza bien puro. Todo lo que realiza bien de un orden inferior procede de cosas en las que Él está presente. Todo bien auténtico del orden que sea deriva sobrenaturalmente de Él”²⁰.

Es aquí donde queremos hacer confluír las aguas que vienen de diferentes afluentes, tensando quizás un poco más el cuestionamiento de fondo que atraviesa este pequeño desarrollo. Venimos a afirmar la presencia de un Alguien personal desde dos realidades creyentes que en sí mismas confluyen en un mismo punto, lo humano, pero son divergentes en cuanto a sus motivaciones y razones últimas. El creyente cristiano profesa una fe, afirma la presencia de Dios como el origen y motor de su vida, desde él se hace presencia en la historia concreta, se encarna en lo humano; el creyente humanista cree y espera en la posibilidad de llegar a hacer realidad entre los hombres aquellos valores inviolables que vienen a dignificar la existencia humana. Sin embargo desde lo que venimos trayendo entre manos hemos afirmado la presencia de Alguien personal en el fondo de todo creyente sin hacer esa distinción esencial que viene de la propia conciencia singular.

Entonces esto nos puede abocar hacia el poder pensar que la realidad de lo trascendente es tal en su totalidad de sentido, es decir, lo trascendente viene trascendiendo realmente la propia conciencia humana. Existe en sí misma una realidad mayor que viene a encarnarse en el corazón de la persona y en su conciencia desde distintas formas y maneras, dependiendo ya de la realidad, limitación y posibilidad histórica, social, psicológica y afectiva incluso en el que esté sumergido dicho creyente. Pero a estos condicionantes temporales le sobreviene la realidad de lo trascendente como realidad en sí misma. Desde aquí la persona que desarrolla y despliega dentro de sí su tendencia originaria hacia la realización del bien, está desplegando y transparentando la presencia de Alguien más que ella misma, está corporalizando al *Alma del mundo*.

Así pues la línea divisoria y fronteriza que puede separar a un creyente de otro, en su fondo último se resquebraja y más que de división podemos hablar de comunión y de una confluencia que sigue planteándonos nuevos cuestionamientos ¿Dónde está el punto de intersección de donde mana la comunión? ¿En qué caminos dentro de la historia se encuentran? ¿Qué rostro, qué presencia se transparenta? ¿Quién es ese Alguien que permanece en lo escondido de la carne y de la realidad que necesita ser corporalizado y en qué lugar existencial puede llegar a ser encontrado y corporalizado?

²⁰ WEIL, S., *El conocimiento sobrenatural*, Trotta, Madrid 2003, 63.

6. *La desdicha, la fragilidad y necesidad: lugar de creación de justicia para los creyentes.*

Simone Weil ha encontrado dentro de su propio caminar existencial ese lugar y ese rostro concreto. El tener la mirada vuelta hacia el bien, nos dice la autora, viene por haber vivido una afectación profunda por la realidad de la miseria y necesidad humana. Para ella lo más real de la existencia viene a ser la necesidad de la carne.

“La realidad de este mundo es la necesidad”²¹.

“Hay que sentir hasta la médula de los huesos la miseria humana y la decadencia a la que la carne está sometida o expuesta para volverse así definitivamente sobre sí mismo hacia el bien. Es necesario que la amargura de la miseria humana haya mordido el fondo del alma hasta el punto de abolir en ella toda esperanza temporal”²².

¿Qué tendrá la fragilidad humana que tanto la mirada del cristiano como la del humanista, la viven como lugar de preferencia, ante la cual se requiere un movimiento de descenso, de encuentro con ella para que una existencia pueda llegar a ser trasformada, liberada? Quizás la fragilidad es esa realidad ante la cual nadie puede escapar porque forma parte de la esencia misma del ser humano. Quizás la fragilidad es el lugar del recuerdo, de la memoria, para la persona misma, de su condición de vulnerabilidad y humildad última donde la pretensión de poder y autosuficiencia a la que tiende el corazón humano quedan frustrados. Quien padece su propia miseria está llorando su desdicha; desdicha que se puede concentrar en una profunda amargura, en una desesperanza radical sino hay nadie que venga asumiendo, acogiendo y liberando su desgracia existencial.

“Hay una pregunta que no tiene absolutamente ningún significado, y naturalmente ninguna respuesta, que normalmente no planteamos nunca, pero que el alma no puede dejar de gritar en la desdicha con la monótona continuidad de un gemido. Esta pregunta es: ¿por qué?; ¿por qué las cosas son así? El desdichado lo pregunta ingenuamente a los hombres, a las cosas, a Dios o, si no cree, a no importa qué. ¿Por qué es necesario que precisamente él no tenga nada que comer o esté agotado de cansancio y de tratamientos brutales, o deba ser fusilado, o esté enfermo, o se encuentre en prisión? Si se le explican las causas de la situación en que se halla, lo que, por otra parte, no suele ser posible a causa de la complejidad de los mecanismos que intervienen, eso no supondrá para él una respuesta. Pues su pregunta “¿por qué?” no significa ¿por qué causa? sino ¿con qué fin? Y naturalmente no se le pueden indicar fines. A menos de elaborar unos ficticios, pero esa

²¹ WEIL, S., *Escritos de Londres y últimas cartas*, Trotta, Madrid 2000, 65.

²² WEIL, S., *El conocimiento sobrenatural*, Trotta, Madrid 2003, 237.

elaboración no es positiva. El porqué del desdichado no tiene ninguna respuesta, pues vivimos en la necesidad y no en la finalidad”²³.

No hay respuestas razonables ante el gemido hondo que permanece clavado en la humillación, no hay justificaciones ante cualquier sufrimiento humano. Sin embargo quien se muestra en la existencia como un ser necesitado, está traspirando en su propia carne una trascendencia, un secreto escondido. Diríamos que la apertura interior que trae un necesitado es cauce de gestación de una humanidad nueva, es un manantial de creación nueva. ¿Cómo es esto, si la desdicha, la fragilidad, la miseria y la necesidad humana es una realidad que de por sí no trae poder, ni fuerza, sino que por el contrario es realidad oscura tocando el umbral de la muerte y la vulnerabilidad existencial?

Sin embargo acontece una contradicción que trae vida en su propio seno. ¿Por qué? Porque aquel que clama en su desdicha no puede dejar de esperar un rostro que se haga proximidad, que llegue a mirarle con la dignidad que le corresponde ser mirado. El necesitado está clamando por un justo en la tierra, por la justicia. En su misma necesidad él ya está siendo en forma de clamor esa espera de una humanidad nueva, de una relación de reciprocidad que le devuelva su dignidad como ser humano. El que grita en su profundidad última está queriendo atraer, hacer realidad la promesa del amor, está convocando a toda la humanidad en él para que ésta se convierta, se transforme en entrañas de amor. Así la necesidad se convierte en el germen, en el origen de aquello que ha de existir y que todavía no existe, es ella misma quien está abriendo el cauce en la historia para poder crear una nueva posibilidad entre las relaciones humanas.

De este modo el punto de confluencia entre un creyente cristiano y un creyente humanista va a ser la creación de la justicia en toda relación humana. Una búsqueda que nace de la escucha del fondo de la realidad, de clamores humanos que están interpelando y sacudiendo su propia vida, llamándoles a ese encuentro humano, convirtiéndoles así en creadores de humanidad. Simone Weil nos va a decir qué tipo de humanidad nueva es la que se crea:

“Cuando dos seres humanos tienen que hacer algo juntos y ninguno de ellos tiene poder para imponer nada al otro, es preciso que se entiendan. Se recurre entonces a la justicia, pues sólo la justicia tiene poder para hacer coincidir dos voluntades [...] Pero cuando uno es fuerte y otro débil, no hay necesidad ninguna de unir dos voluntades. No hay más que una voluntad, la del fuerte. El débil obedece. Es lo que ocurre cuando un hombre manipula la materia. No hay dos voluntades que hacer coincidir; el hombre quiere y la materia se somete. El débil es como una cosa.

²³ WEIL, S., *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid 1995, 87.

En las relaciones desiguales entre los hombres hay para el inferior, a partir de un cierto grado de desigualdad, un paso al estado de materia y una pérdida de personalidad. Los antiguos decían: "Un hombre pierde la mitad de su alma el día en que se convierte en esclavo"²⁴.

"Justicia. Estar dispuestos continuamente a admitir que el otro es algo muy distinto de lo que leemos cuando él se halla delante (o cuando pensamos en él). O más bien, leer en él que ciertamente él es algo distinto, tal vez algo muy distinto de lo que leemos.

Cada ser grita en silencio pidiendo ser leído de otra manera.

Leemos, pero también somos leídos por otro. Interferencias entre lecturas. Obligar a alguien a que se lea a sí mismo como le leen los demás (esclavitud). Obligar a los demás a que nos lean como nos leemos a nosotros mismos (conquista). Mecanismo. La mayoría de las veces, diálogo de sordos"²⁵.

Relaciones de justicia basadas en una igualdad donde se rompe la pretensión de poder y dominio del fuerte sobre el débil. Relaciones de igualdad que dignifican y levantan la desdicha por establecerse un encuentro humano basado en una reciprocidad, en un tú a tú que se sostiene en el considerar al otro como una persona diferente que necesita ser escuchada y tratada en su diferencia. La reciprocidad que trae la justicia se sostiene en una relación de donación tanto del que da como del que recibe, ambos están dando de sí lo mejor suyo, ambos se están entregando desde una humildad y reconocimiento mutuo: el que se aproxima descende, se encarna en la realidad del otro, dignificando, liberando, escuchando la individualidad originaria y única que es el otro, esto supone un despojo de sí, una renuncia al poder, a la posesión, y a la pretensión de hacer del otro la propia imagen e incluso necesidad. El que recibe en su necesidad y clamor está situado en una humildad que le permite recibir al otro como alguien que viene entregando de sí aquello que él necesita para poder resurgir como vida; en su apertura al otro está trayendo lo mejor de sí mismo. La justicia no trae la asistencialidad que se rige por el principio de ayudar al necesitado dejando la realidad en planos diferenciados, en una distancia última con el otro que no llega a hacer de la relación encuentro, descenso al gemido último como ser humano.

7. La Iglesia, ¿abrirá sus fronteras hacia todo creyente, por la comunión en el Espíritu de Cristo Jesús?

Hablábamos de la realidad de lo trascendente en la existencia de un creyente humanista y cristiano venga de diferentes y variadas motivaciones y orígenes. Nos

²⁴ WEIL, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1996, 90.

²⁵ WEIL, S., *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid 2001, 167.

preguntábamos sobre los puntos de confluencia entre ambos y hemos sido llevados por la mano de la autora hacia las relaciones de justicia que dignifican la humanidad gimiente desde una igualdad diferenciada. Pero tanto la realidad de lo trascendente como la realidad de la justicia están reclamando un sujeto, esa pregunta que nos hacíamos con anterioridad sobre quién es ese Alguien, esa presencia personal que sostiene a los creyentes en una comunión última.

“No es que demos nuestro consentimiento a la necesidad por amor a los demás hombres. En cierto sentido, ese amor a los demás es un obstáculo para ese consentimiento, puesto que la necesidad les aplasta tanto a ellos como a nosotros. Si damos nuestro consentimiento es por amor a algo que no es una persona y que, sin embargo, es como una persona, puesto que lo que no es como una persona no puede ser objeto de amor. Cualquiera que sea la fe que se profese respecto a los asuntos religiosos, incluido el ateísmo, siempre que haya un consentimiento completo, auténtico e incondicional a la necesidad, habrá con plenitud amor a Dios; y sólo y exclusivamente en ese caso. Ese consentimiento supone compartir la Cruz de Cristo”²⁶.

Simone Weil nos introduce en un gran salto, nos ofrece una conjunción que sigue abriendo puertas e interrogantes. Todo creyente que desde su propia fe se adentra y se entrega al fondo de la realidad dando su *consentimiento incondicional a la necesidad*, o sea, encarnándose en el grito existencial de los hombres, ése está compartiendo la Cruz de Cristo.

Cristo en la profundidad de su humanidad y entrega al hombre se hace ese lugar de encuentro entre creyentes cristianos y creyentes humanistas. Las aguas confluyen en un punto de intersección y se podría decir porque Cristo es la referencia más originaria y plena de alguien que pasó por la historia creando una profunda solidaridad entre los hombres, creando fraternidad, liberando lo que estaba hundido en la nada, dignificando a quienes habían perdido su condición de personas. Y junto a esto podemos descender hasta donde nos lleva nuestra autora: “Todo movimiento de compasión pura en un alma es un nuevo descenso de Cristo a la tierra para ser crucificado”²⁷.

No sólo es referencia de humanidad plena, sino que es presencia real allí donde se encuentra un corazón entregado a la realidad sufriente. De esta forma la trascendencia originaria que habita en el corazón de toda persona que tiende desde sus entrañas a la realización del bien en la historia, lleva dentro de sí la presencia del Crucificado. Esto es, el Crucificado llega a ser él mismo haciéndose carne en esa

²⁶ WEIL, S., *Intuiciones Precristianas*, Trotta, Madrid 2004, 128.

²⁷ WEIL, S., *El conocimiento sobrenatural*, Trotta, Madrid 2003, 40.

inclinación honda hacia el amor y la justicia entre los hombres que mana del creyente. Así la carne del creyente originario está corporalizando la vida del Crucificado. Así la ausencia de Dios en la creación queda hecha presencia en su Hijo entregado al fondo del corazón humano en forma de silencio, donde su única voz va a ser la relación de humanidad nueva que es capaz de crear los seres humanos entre sí.

Expresado esto, la pregunta que suscita trae mayor tensión: ¿es que el grito y silencio último, el abandono total y radical de fe que fue Jesús en la Cruz sólo fue un acontecimiento para aquellos que posteriormente profesaran una fe, una creencia en su Misterio, es decir, su Iglesia? ¿O podríamos atrevernos a pensar que tal acontecimiento en su total profundidad, radicalidad y totalidad llevara a asumir también a aquellos otros que no han llegado a una fe cristiana pero sin embargo profesan la ley del amor?

Simone Weil nos acerca con su palabra a estos cuestionamientos:

“...aquellos seres humanos cuyo interés, fe y amor se dirigen casi exclusivamente al aspecto impersonal de Dios pueden creerse y decirse ateos, aunque el amor sobrenatural habite en su alma. Ésos son, sin duda, salvados.

Se reconocen por su actitud respecto a las cosas de este mundo. Todos los que poseen en estado puro el amor al prójimo y la aceptación del orden del mundo, incluida la desdicha, todos esos, aunque vivan y mueran aparentemente ateos, son, sin duda, salvados. Aquellos que poseen perfectamente estas dos virtudes, aun cuando vivan y mueran ateos, son santos. Cuando uno se encuentra con tales personas es inútil pretender convertirlas. Están convertidos, aunque no lo estén visiblemente; han sido engendrados de nuevo a partir del agua y del espíritu, aun cuando nunca hayan sido bautizados; han comido el pan de vida, aunque nunca hayan comulgado [...] Cristo no salva a todos aquellos que le dicen: “Señor, Señor”. Salva a todos aquellos que con corazón puro dan un trozo de pan a un hambriento, sin pensar en él en absoluto [...] De igual forma, un ateo o un “infiel” que sean capaces de compasión pura, están tan próximos a Dios como un cristiano y en consecuencia le conocen igualmente, aunque sus conocimientos se expresen mediante otras palabras, o queden en silencio. Pues “Dios es amor” y retribuye a quienes le buscan y da la luz a quienes se le acercan, sobre todo si anhelan la luz”²⁸.

Nos dice la autora en estos textos que aquellos que aman aunque se consideren ateos están salvados, o sea, son presencia del amor de Cristo, son acción

²⁸ WEIL, S., *Carta a un religioso*, Trotta, Madrid 1998, 34-36.

misma del Espíritu del Resucitado. Si esto es así ¿dónde están los límites del ser de la Iglesia? ¿a quién ha de acoger la Iglesia en su seno como parte suya, como sus miembros, formando parte de su pueblo y creando el Reino de Dios en la tierra?

Quizás son preguntas que parten de una cierta ingenuidad, pero tirando de ellas nos seguimos preguntando: ¿Quién es más verdadero, o, quizás, quién trae más eternidad? Quien en su profundidad humana se entrega por amor al hombre, porque cree en él, en sus posibilidades, sea la situación en la que se encuentre, o aquel que profesando una fe en Cristo, llámese cristiano, todavía no ha descubierto que lo es a través de la entrega a la existencia humana en la historia concreta que vive, aunque lo haya oído miles de veces o quizás cada vez que se acerca a la Eucaristía. Sin embargo la realización de los sacramentos ¿le es suficiente para cubrir su expediente como creyente, o quizás la pertenencia a un grupo que le dé una referencia eclesial pero que penosamente no le ha enseñado a vincular su creencia con su propia existencia? Pueden ser ejemplos que ponen de manifiesto los extremos, pero no por eso alejados de la realidad y ante esto: ¿por qué el primero no es Iglesia y el segundo sí es Iglesia?

Entonces aquí nos podemos preguntar si los sacramentos actúan como muros de contención, puertas que están delimitando a los que quedan fuera y los que están dentro, o sin embargo, el sacramento en su sentido más profundo abre fronteras hacia la profundidad del corazón humano acogiendo así a quienes todavía no han sido considerados como parte integrante del suelo eclesial. Simone Weil nos introduce en esta grieta:

“La imagen del cuerpo místico de Cristo resulta muy seductora. Pero yo interpreto la importancia que actualmente se le concede como uno de los signos más graves de nuestra decadencia. Pues nuestra verdadera dignidad no radica en ser parte de ningún cuerpo, aunque sea místico, aunque sea el de Cristo. Radica en que en el estado de perfección que es la vocación de todos, no vivimos ya en nosotros mismos, sino que es Cristo quien vive en nosotros; de manera que, por ese estado, Cristo en su integridad, en su unidad indivisible, se convierte en cierto sentido en cada uno de nosotros de la misma forma que está íntegramente en cada hostia”²⁹.

En estas palabras todo queda centrado en la persona, en vocaciones singulares, que están actualizando a Cristo en su propia entrega; ahí está el sentido de sacramento para nuestra autora. Nos remitimos de nuevo a palabras de Simone Weil ya plasmadas en texto, al principio de este breve comentario: “El cristianismo,

²⁹ WEIL, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1996, 48.

puesto que es católico, debe contener todas las vocaciones sin excepción”³⁰. Creo que, llegados a este punto y con todo el desarrollo anterior, ya tenemos una idea de qué vocaciones son estas a las que la autora se refiere y en donde ella está incluida personalmente.

Rayando de nuevo la ingenuidad, nos seguimos preguntando si la creación del Reino de Dios en este mundo no lo forman más personas que aquellas que están dentro de la definición que la misma Iglesia hace de lo que es un creyente en la Iglesia, y si fuera así quizás la Iglesia necesitaría entrar a dialogar con esas otras vocaciones existenciales de calado y profundidad humana que traen unas experiencias y palabra diferente sobre la comprensión del mundo y del hombre que puede venir a enriquecer y abrir nuevos caminos y a su vez la Iglesia puede revelar al creyente humanista el origen de donde viene su inclinación hacia el hombre, poniéndole nombre personal a su trascendencia.

A veces el cristianismo, el cristiano concreto, ha llevado el camino de su creencia por la vía de sublimaciones espirituales que le han alejado de la búsqueda de Dios en la realidad, propia y ajena. Quizás para depurar este Dios que nos sirve para compensar vacíos existenciales y afectivos, habría que empezar a vivir en la existencia como si Dios no existiera, como si la creación de lo humano en esta humanidad estuviera dependiendo de lo que los hombres y mujeres fueran capaces de crear relacionalmente entre sí. Y es a partir de aquí, cuando podemos volvernos a preguntar por la realidad de Dios en la historia, ¿dónde estás? Y entonces dejaremos de buscarlo más allá de lo real y nos abajaremos al fondo de la existencia y descubriremos su presencia en la palabra misma que trae el acontecer del corazón humano y será allí donde podamos observar a otros creyentes, otras vocaciones trabajando en la historia, que nos haga pensar que hay alguien más que nosotros mismos encarnando el Espíritu de Cristo en la historia y necesitemos preguntarnos obligatoriamente por su lugar junto a nosotros ya que nos hemos encontrado con la presencia del Dios escondido en otros rostros. Simone Weil en una de sus cartas a su amigo sacerdote dominico J.M Perrin, escribe:

“Pienso, al igual que usted, que la obligación de los dos o tres próximos años, obligación tan estricta que casi no podría eludirse sin caer en la traición, es mostrar a las gentes la posibilidad de un cristianismo verdaderamente encarnado [...] Pero todo está tan ligado a todo, que el cristianismo sólo podrá encarnarse si es católico, en el sentido que acabo de definir”³¹.

Entonces quizás la encarnación del cristianismo en nuestro hoy requiera dentro de sus múltiples campos también la escucha y el descenso hacia la realidad del

³⁰ Ibid., 45.

³¹ Ibid., 46.

Dios escondido que está actuando de forma viva y real en el corazón de otros creyentes que profesan una fe y un amor hacia el hombre. Simone Weil nos dice: “Es preciso pensar de nuevo la noción de fe”³².

8. *Simone Weil, testimonio evangélico: ¿en la Iglesia o más allá de la Iglesia?*

Simone Weil es ese testimonio de vocación, de amor al hombre y a Cristo que deja muy marcada la barrera con la Iglesia. Esta mujer es un gran testimonio evangélico, pero no es tal dentro de la Iglesia, sin embargo es una palabra creyente para la Iglesia. Una vocación singular que la Iglesia quizás debería contemplar como suya, más allá de la conciencia limitada que tuvo Simone de lo que era la Iglesia en su momento. No pudo amar a la Iglesia por las incoherencias que veía en ella dada la pureza y la libertad de espíritu que quería ser y vivir como seguimiento a Cristo, pero la Iglesia hoy puede amarla a ella por contemplar su autenticidad de seguimiento. Pero quizás para esto la Iglesia necesita cuestionarse dónde pone sus límites fronterizos para ser y pertenecer a su seno. Y junto a Simone Weil tantas otras personas que no llegan a creer en la Iglesia y sin embargo creen y trabajan desde el amor, trascendiendo lo humano hacia una mayor humanidad, hacia todo aquello que posibilita una dignidad para el ser humano.

Y quisiera terminar esta breve reflexión dejando que resonara la palabra de la autora para que sea ella misma quien nos deje en el suspense de las preguntas que a cada uno nos puede seguir suscitando:

“Tengo la necesidad esencial, la vocación...de moverme entre los hombres y vivir en diferentes medios humanos fundiéndome con ellos, adoptando su mismo color,...desapareciendo en ellos, a fin de que se muestren tal como son sin que tengan que disfrazarse para mí. Quiero conocerlos para amarlos tal como son. Pues si no los amo tal como son, no es a ellos a quienes amo y mi amor no es verdadero. No hablo de ayudarles, pues hasta ahora, desgraciadamente, soy completamente incapaz de hacerlo. Creo que de ningún modo entraría nunca en una orden religiosa para no separarme por un hábito del común de los mortales. Hay seres humanos para los que esta separación no ofrece inconvenientes graves, pues están ya separados del conjunto de los hombres por la pureza natural de su alma. En cuanto a mí, por el contrario, llevo en mí misma el germen de todos los crímenes o poco menos. Los crímenes me producían terror, más no me sorprendían; sentía su posibilidad dentro de mí y, precisamente por sentir en mí misma esa posibilidad, me horrorizaban. Esta disposición natural es peligrosa y muy dolorosa, pero como toda disposición natural puede ponerse al

³² WEIL, S., *Carta a un religioso*, Trotta, Madrid 1998, 42.

servicio del bien si se sabe hacer un uso adecuado de ella con el auxilio de la gracia. Implica una vocación, la de mantenerme de alguna manera en el anonimato, dispuesto a mezclarme en cualquier momento con la masa común de la humanidad. Ahora bien, en nuestros días, el estado de los espíritus es tal que hay una barrera más marcada, una separación tajante, entre un católico practicante y un no creyente que entre un religioso y un laico.

Amo a Dios, a Cristo y la fe católica tanto como a un ser tan miserablemente insuficiente le sea dado amarles. (...) Pero no siento en modo alguno amor por la Iglesia propiamente dicha... Puedo simpatizar con quienes sienten ese amor, pero yo no lo experimento. (...) Sea como fuere, el amor no surge por propia voluntad. Todo lo que puedo decir es que, si ese amor constituye una condición del progreso espiritual – cosa que ignoro- o forma parte de mi vocación, deseo que algún día me sea concedido”³³.

³³ WEIL, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1996, 28-29.